

Trigésimo Domingo del TO A2023

En el evangelio del domingo pasado, nuestro Señor fue probado por los fariseos sobre el impuesto si era lícito o no pagarlo al César. Hoy vienen nuevamente con otra trampa sobre el mayor de los mandamientos.

Y, cuando uno de ellos que era un doctor de la ley interrogó a nuestro Señor, su intención no era aprender algo nuevo de lo que ya sabía, sino ponerlo a prueba. Cualquier judío devoto sabía que los mandamientos debían guardarse con igual cuidado. Sabía que la fe básica de Israel formulada en Deuteronomio 6:5 requería amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

Corazón, alma y mente apuntan a la totalidad de la persona humana para que nada de ella quede fuera del amor de Dios. Aquí, nuestro Señor y el Escriba estaban en la misma línea de pensamiento. La diferencia, sin embargo, viene cuando nuestro Señor une en una misma postura el amor a Dios y el amor al prójimo como se formula en Levítico 19: 17-18.

Esta consideración cambia todo. Lo que significa es que toda la ley y todas las profecías están diseñadas, en última instancia, para motivar y hacer cumplir el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes. No hay manera de pretender amar a Dios y descuidar a los demás seres humanos. El amor de Dios sólo puede manifestarse en el amor a nuestros semejantes. El amor a Dios y el amor al prójimo van de tal manera unidos que no se puede entender el uno sin el otro, y viceversa. El apóstol san Juan (1 Juan 4, 20) formula este vínculo entre el amor de Dios y el amor al prójimo de esta manera: ¿cómo puede decir que ama a Dios que no ve mientras odia a su hermano que ve?

La consecuencia que saca de tal visión es que nuestras acciones hacia nuestro prójimo deberían fluir automáticamente de nuestro amor a Dios. El prójimo o el otro se convierte en terreno sobre el que practicamos nuestro amor a Dios. Entonces, entendemos que nuestro amor a Dios tiene una dimensión práctica que debe verse exteriormente en nuestro compromiso por el bienestar de nuestros semejantes.

Al poner al mismo nivel el amor de Dios y el amor al prójimo, nuestro Señor quiere decirnos que el amor es el cumplimiento de toda la ley. El amor a Dios no significa dedicarle parte de nuestro tiempo en un día mediante celebración y oración ni ofrecerle nuestras ofrendas.

Amar a Dios significa entregarnos enteramente a él de tal manera que ninguna célula de nuestro cuerpo se quede fuera de su control. Significa confiar completamente en él en todo lo que emprendemos y hacemos. Es vivir y actuar de tal manera que nuestro corazón, nuestra mente y nuestra alma sean encendidos por sus palabras y sus preceptos.

Sin embargo, para hacer visible y palpable este amor de Dios, hay que mostrarlo a través de nuestra preocupación por el prójimo. El amor de nuestros hermanos y hermanas es la base sobre la cual practicamos el amor de Dios. Dios y el prójimo son las dos caras de una misma moneda en la medida en que Dios está presente en cada persona. Por eso el justo juicio final en Mateo 25 se refiere a las obras de caridad.

Algunos entre nosotros argumentan que lo más importante para es ir a Misa. Por lo tanto, no les gusta el mensaje sobre los pobres o los necesitados. Lo que más les importa es Dios y nada más. Aquí obedecen el primer mandamiento y olvidan el segundo. Otros operan según los principios de los trabajadores sociales. Se preocupan por los pobres no porque agrade a

Dios, sino porque les hace sentir bien. Obedecen el segundo mandamiento y desprecian el primero. Estas personas son humanitarias pero no realmente cristianas.

Amar a Dios y amar al prójimo resumen la ley y los profetas. Esto no es algo que esté por encima de nuestra vida diaria. Es el tejido de nuestras vidas. Es lo que nos hace quienes somos como cristianos. Amar a Dios y al prójimo es el corazón de nuestra vida diaria, el trampolín de nuestras acciones, la base de nuestras decisiones, el motivo de nuestra vida de oración, la motivación de nuestro estilo de vida.

La primera lectura de hoy nos da una forma práctica de vivir el amor de Dios a través del amor al prójimo. A diferencia de muchas naciones de su tiempo, Dios le había dado a Israel una legislación que prohibía a sus ciudadanos cometer injusticias y practicar la discriminación hacia los extraños, los pobres y los débiles.

La razón de tal sensibilidad radicaba en la verdad de que el pueblo de Israel era extraño en Egipto. Dado el sufrimiento que atravesaron y la acción de Dios para liberarlos, ellos también deberían ser compasivos, justos y sensibles con la causa de los necesitados y los inmigrantes. Aquí, cada uno de nosotros está invitado a hacer un flashback de su vida, para ver de dónde viene y qué ha hecho el Señor por él en su vida. Considerando todo esto, cada uno está llamado a ser agradecido con Dios; ser bondadoso y de corazón abierto con los necesitado, y generoso con los pobres, las viudas y los huérfanos.

Después de haber escuchado cosas como las que acabo de decir, algunas personas me preguntan: “¿Por qué siempre quieres que nos sintamos culpables, como si fuéramos responsables de la situación de los pobres”? “Ya hemos oído bastante, incluso demasiado, de todo esto”. Bueno, a mí tampoco me gustaría hablar de esto. El problema, sin embargo, es que sigue apareciendo en nuestras Escrituras. A menos que queramos ignorar lo que Dios está diciendo, tenemos que seguir repitiéndolo. Supongo que la única manera de garantizar que no volveremos a hablar de esto es eliminar la pobreza, el hambre y la falta de vivienda. Pero como es extremadamente improbable que esto suceda en el futuro previsible, entonces tenemos que seguir insistiendo en esto y simplemente esperar que la gente esté convencida de que esto es lo que Dios nos está llamando a hacer.

La pregunta legítima aún sería: ¿Por qué Dios se preocupa tanto por esta categoría de personas? La razón es que, dada su fragilidad, esta gente tiene protección y puede fácilmente ser víctima de abusos. Hacerles daño es como dañar al mismo Dios que es su Padre y su protector. Por eso Dios prohíbe cobrar intereses sobre los préstamos y recomienda evitar todo lo que pueda causar sufrimiento a estas personas. Porque es misericordioso, es sensible a sus gritos y lágrimas, y a sus peticiones de ayuda.

Pidamos al Señor que nos ayude a mantener inseparables el amor de Dios y el amor a nuestros semejantes. ¡Que nos dé el valor de trabajar para él trabajando para nuestros semejantes!

Éxodo 22: 20-26; 1 Tesalonicenses 1: 5c-10; Mateo 22: 34-40



Fecha de la Homilía: el 29 Octubre, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20231029homilia.pdf